

Historia del terrorismo en Navarra (y II)



Vidas rotas que quedaron en el camino. Viudas, hijos, padres que han perdido durante los años de la violencia etarra a sus seres queridos relatan en el libro 'Relatos de plomo' sus experiencias. Diario de Navarra adelanta fragmentos de sus entrevistas.

Un mosaico de entrevistas

DN Pamplona

El segundo volumen de Relatos de Plomo (1987-2011) recoge una veintena de entrevistas, algunas de ellas inéditas. Los familiares de las víctimas de la violencia etarra en Navarra durante este periodo accedieron a recoger en el libro sus vivencias, recordar y revivir momentos amargos. Destaca entre todos el sentimiento de perdón, la falta de odio o sed de venganza. Casi todos viven ahora con cierta paz, dentro del dolor y el sentimiento de injusticia. Algunos crímenes ni siquiera se han resuelto y nadie ha pagado por ellos. Junto a viudas, padres e hijos, el nuevo volumen también recoge entrevistas exclusivas con Adolfo Villoslada y Ortega Lara, ambos secuestrados por ETA, o responsables de empresas e instituciones que también sufrieron el zarpazo terrorista. Se recogen a continuación breves fragmentos de algunas de las entrevistas que aparecen en el libro, que será presentado este jueves.



“En el juicio, los amigos y familiares jaleaban al etarra”

HERMANOS QUICO Y MARI CRUZ EGUÍLUZ YOLDI

Hijos de María Cruz Yoldi Orradre, de 62 años, asesinada mientras repartía periódicos de Diario de Navarra en la calle Cortes de Navarra. El atentado tuvo lugar el 17 de octubre de 1987 y la bomba estaba dirigida contra La Unión y el Fénix.

¿Cómo transcurrió el juicio?

Pasamos un mal rato. Cuando entramos en la sala, había una vitrina de cristal desde donde tenía que declarar el etarra. Después, sentados, estaban los periodistas, nosotros, y, detrás, tres filas de familiares y amigos de Recarte. Si giraba la cabeza, los tenía detrás. Empezó el juicio y lo sacaron para meterlo en la vitrina, y todos los demás empezaron a animarle. No podían gritar porque, si lo hacían, los echaban de la sala, así que se pusieron a hacerle gestos, a levantar los brazos. Yo pensaba: “Vaya héroe. ¿Qué ha hecho para que lo animen? ¿Matar a una señora?”



“Cuando volví a casa, me dijeron que estaban metidos los de la ETA”

CARLOS BUÑUEL Y MARÍA DOLORES GARBAYO

Una bomba trampa dejó graves heridas a Carlos Buñuel García, entonces de 42 años. El atentado ocurrió el 29 de julio de 1988 y estaba destinado contra la Casa Cuartel de la Guardia Civil. Buñuel era agricultor cuando pisó una bomba trampa.

¿Le contaron lo que había ocurrido?

Carlos: Yo me di cuenta de lo que me había pasado en el momento en el que me caí al suelo después de la explosión. Pero, luego, los primeros cuarenta días estuve sedado. Más tardes, un día que estaba en el hospital, me levanté de la cama y me caí al suelo. Ahí también me di cuenta de lo que me pasaba. Cuando volví a casa, me dijeron que estaban metidos los de ETA. Dolores: Hasta que no vino a casa, no fue consciente de lo que le había pasado. Y entonces, se

encerró en sí mismo y estuvo 8 años con depresión. En ese tiempo no levantamos cabeza. Yo no tenía marido ni padre de mis hijos. Ellos me preguntaban. ¿Qué le pasa a padre?



“Él sabía que lo iban a matar, sabía que iba a por él. Es duro”

MANOLI RESA, VIUDA DE JOSÉ FERRI

El 21 de agosto de 1988 un coche bomba en Estella terminaba con la vida de José Ferri Pérez y Antonio Fernández Álvarez. Ambos pertenecían al grupo de tráfico y comenzaban su jornada cuando los terroristas accionaron la bomba.

¿Habló con alguien de las sospechas que tenía su marido?

Lo conté en Alicante, en una reunión en la Comandancia, pero no me creyeron. Me dijeron que eran alucinaciones, pero no: él sabía que lo iban a matar. Antonio (Fernández Álvarez) no lo sabía, porque ese día le tocaba servicio de tarde, pero iba a ir a la piscina con su mujer y cambió el turno. Pero José sabía que iban a por él. Es duro. Yo me acuerdo de cuando veíamos un atentado en la tele, como si estuviésemos viendo un anuncio o una inundación y decíamos: “¡Qué lástima!”, como si eso nunca nos fuera a pasar. Pero cuando llaman a tu puerta, dices: “madre mía, esto existe”. Nunca crees que te van a llamar. Nunca. Los ves muy lejos, y está muy cerca.



“Ahora podríamos estar los dos cuidando de los nietos”

MARÍA PILAR HERNÁNDEZ ROGADO

Viuda de Antonio Fernández Álvarez, asesinado en Estella en agosto de 1988 con un coche bomba.

¿En estos años, ¿Cuándo lo ha echado más de menos?

Lo echo de menos continuamente, pero quizá más en la boda de mi hijo o en la Primera Comunión de mi hija, que fue tres años después del atentado. Si por mí hubiera sido, no hubiera comulgado sólo por no pasar ese día sin su padre. Ahora, más reciente, lo he echado mucho de menos con el nacimiento de mis nietos: pienso que, con lo que le gustaban los niños, podríamos estar los dos cuidando de los nietos y disfrutando de ellos.

“Aún conservo las 10.000 pesetas que Julio guardaba para el vestido de Primera Comunión de nuestra hija”

ANA MARÍA FIDALGO

Viuda del Guardia Civil Julio Gangoso, asesinado en Pamplona en octubre de 1988.

¿Le confesó él si tenía miedo?

Él le tenía miedo a la muerte, era muy respetuoso con ese tema. Decía que, si le pasaba algo, que no le hicieran la autopsia. Se la hicieron, claro, y su compañero, que estaba

presente, lloraba... “¡Ay, Julio, si vieras lo que te estoy haciendo!”, le decía. Pero, sobre todo, él tenía miedo por nosotros. Cada vez que nos montábamos en el coche, miraba los bajos. Yo, mientras, intentaba distraer a los niños, pero el pequeño se daba cuenta y, cuando nos vinimos a Benavente después del atentado, seguía mirando debajo del coche como hacía su padre. Recuerdo otro día que mi marido estaba en el parque con los niños y un vecino, para saludarlo, le dio una palmada en la espalda. Cómo le cambiaría la cara a mi marido, que el vecino le dijo: “Julio, no te lo volveré a hacer más”.



“He tratado de que mis hijos crecieran alejados del odio y del rencor para que el atentado no les hiciera tanto daño como a mí”

JOSÉ AGUILAR GARCÍA

CABO PRIMERO DE LA GUARDIA CIVIL HERIDO EN EL ATENTADO CONTRA LA CASA CUARTEL DE ALSASUA

¿Cómo recuerda el momento de la explosión?

Habían puesto una trampa junto al lanzagranadas. Tuve la mala suerte de pisarla y explotó. Salí despedido hacia atrás en un vuelo rasante. Tras caer al suelo, me levanté y no podía ver nada, sólo lucecitas. Recuerdo que trataba de ponerme en pie y no lo conseguía. En esos momentos no tenía la sensación de dolor ni de haber perdido una pierna. Aunque sangraba bastante, las heridas se habían quemado con la explosión. Luego me enteré de que gracias a ese rastro de sangre que dejé, los perros de mis compañeros localizaron otro artefacto explosivo.



“Ya no tengo la alegría de antes, me falta un trozo de mí”

OLVIDO MAÑAS Y NICANOR HERVÁS

Madre y hermano del sargento de la Guardia Civil José Luis Hervás, asesinado en la Foz de Lumbier en junio de 1990.

¿Qué ocurrió el 25 de junio de 1990?

Olvido: Me llamó para decirme que venía esa tarde porque tenía un examen. Por la mañana tenía que hacer el servicio: no le tocaba a él, pero lo había cambiado para venir al examen. A las doce y media lo mataron. A las dos y media me llamó mi nuera para decirme que a José Luis lo habían matado.

Historia del terrorismo en Navarra (y II)

“No quise irme de Navarra, no quería que se salieran con la suya”

JOSÉ DOMÍNGUEZ PÍRIS

Sargento de la Guardia Civil herido en los sucesos de la Foz de Lumbier de junio de 1990.



¿Les dio tiempo a pensar algo sobre el sentido de lo que estaba ocurriendo?

En el primer momento no pensamos nada. Como mucho, que eran unos ladrones, unos cacos. No nos imaginábamos que eran miembros de ETA. Yo llegué a ver a dos de ellos, al tercero no lo vi. En aquella época, en el País Vasco y en Navarra, teníamos en los equipos de transmisiones un sistema preparado para casos de emergencia: tú pulsabas una tecla del equipo y se anulaban todas las demás comunicaciones, sólo quedaba abierto un canal. Yo traté de llegar al equipo para pulsar esa tecla. Y entonces me alcanzó el disparo.



“Sueño que es a mí a quien le explota la bomba y que mi padre no ha muerto”

FRANCISCO JOSÉ LÓPEZ

Hijo de Eduardo López Moreno, Policía Nacional asesinado en abril de 1995 en Enderlatsa.

Y su padre, ¿recibió alguna amenaza o presión por ser policía?

Le quemaron el coche, aproximadamente un año antes de que lo mataran. Era Navidad y fui con él al monte para coger un pino con el que decorar nuestro piso. Cuando nos bajamos del vehículo —recuerdo que era un Fiat Tipo, color blanco, recién comprado—, empezó a arder. No sé si lo habrían manipulado de alguna forma o si le habrían pegado un artefacto. Por suerte, no nos pasó nada. También recuerdo algunos episodios que tuvieron lugar en el pueblo y que fueron especialmente complicados para los cuerpos policiales, como el Nafarroa Oinez de 1994 [en el que unos 3.000 radicales trataron de asaltar la casa cuartel de la Guardia Civil, en la que 16 agentes residían con sus familias].



“Los médicos me propusieron tomar algo para relajarme, pero lo rechacé: quise vivir lo ocurrido con todo conocimiento”

PILAR MARTÍNEZ Y MARÍA CABALLERO

Viuda e hija de Tomás Caballero, concejal de UPN asesinado en Pamplona en 1998. Herri Batasuna se había querrellado contra él por su inmovilismo antes los asesinatos de ETA.

¿Qué tipo de relación había mantenido Tomás con los concejales de HB hasta entonces?

María Caballero: Mi padre era muy buena persona. Tomó posesión el 7 de julio y, poco después, el primer fin de semana de agosto, fue toda la corporación de visita oficial a Bayona. “He hablado un rato con Alberto Petri y un chaval joven, Koldo Lakasta [ambos concejales de HB], y resulta

que es nieto de un hombre que conozco”, nos contó nada más llegar a Pamplona. Él creía que se los podía ganar de otra manera, con palabras y buenos gestos. Cada vez que era su cumpleaños llevaba pastas a todos los concejales, de todos los partidos. Ya al tercer año, cuando vio que los de HB no condenaban ningún atentado, no les llevó pastas.



“Hay días en los que crees que esa persona que te falta va a aparecer y que todo va a volver a la normalidad”

ROSALÍA SÁINZ-AJA

Viuda de Francisco Casanova, subteniente del Ejército, asesinado en Berriozar en agosto de 2000.

¿En qué se ha apoyado para seguir adelante todos estos años?

En mis hijos. Hay que seguir adelante y ya está. El dolor se vive en soledad, pero hay veces en las que tus hijos te ven llorar, y eso es muy duro. Javier me dice: “¡Ay, mamá!”. Pero cada una es como es y, aunque los chavales son más de sacar pecho, yo tengo que desahogarme de vez en cuando. Tienes que seguir viviendo. Pasan años y, sin embargo, vienen recuerdos y digo: “Voy a pensar en otra cosa”. Tampoco conviene deprimirse. Es algo que sólo está para el que le pasa. Si no, no lo llegas a entender con la misma vehemencia que si te ha ocurrido. Puedes llegar a pensar que, con el paso de los años, se puede superar. Pero no es así. Lo único que se puede hacer es luchar para que nada de esto quede en el olvido.

“Soñaba que venían a por mí”

MIGUEL ÁNGEL RUIZ LANGARICA

Ex concejal de UPN en Pamplona y Burlada y ahora edil de la misma formación en Orkoien. Eta intentó matarle en el año 2000.

¿Comentaba con su mujer el tema de las amenazas?

Sí, sí lo hacíamos. Porque a veces nos encontrábamos pintadas en la puerta de casa que decían: “Aquí vive el concejal”. Entonces pedía que me las borraran o lo hacía yo mismo. Lo que no quería era crear alarmas en casa. Era mi vida y me pasaba todo esto precisamente porque yo lo quería, era mi voluntad. Si nunca me hubiese metido en política, es posible que nunca se hubieran fijado en mí. Así que el culpable de que mi familia pasara por todo eso era yo. Si hubiera pasado la desgracia en la familia, yo era el culpable por haber elegido este camino. Mi corazón me pedía trabajar por la gente, que es lo que sigo haciendo en el Ayuntamiento de Orkoien.



“Rezo todos los días por los asesinos de mi marido”

REYES ZUBELDIA

Viuda de José Javier Múgica, concejal de UPN en Leizta asesinado con una bomba en su furgoneta en julio de 2001.

Siendo concejal, ¿recibió amenazas?

Sí, nos han hecho muchas cosas. Antes de ser concejal nos robaron en la tienda. Nos quitaron el material de trabajo: las cámaras y demás. No tocaron ni el dinero, ni los álbumes,

ni los rollos. Sólo la maleta que usaba para hacer sus reportajes. Todo eso lo hicieron por envidia. Después de entrar en el Ayuntamiento empezaron con las dianas y los escritos, en un lado y otro. A mis hijos, que todavía eran pequeños, también les hacían algunas cosas en la escuela y lo pasaron mal. Algunos amigos les dieron la espalda.



“Pensaba que si hasta entonces no había muerto nadie de pena, yo iba a ser la primera”

MARÍA JOSÉ RAMA

Viuda del Guardia Civil Juan Carlos Beiro, asesinado en Leizta con una bomba trampa en septiembre de 2002.

¿Cuándo les contó la verdad a sus hijos?

Años más tarde, viviendo ya en Asturias, me dijeron un día: “Mamá, un amigo nos ha dicho que papá no murió en un accidente, que le pusieron una bomba”. Entonces les conté la verdad. Se lo expliqué de la mejor manera que pude: les dije que había unos señores malos que se dedicaban a matar a la gente buena y que a papá le tocó.

“Mi marido me pidió que nadie me viese nunca llorar”

ANABEL ORTIGOSA FERNÁNDEZ

Viuda de Julián Embid Luna, policía nacional asesinado con una bomba en Sangüesa en mayo de 2003.

¿Hubo alguna respuesta o reacción inesperada?

Una noche, cuando regresaba a casa después de haber estado tomando un café, me crucé con una cuadrilla de batucaneros a la altura del Ayuntamiento. Al verme, uno de ellos vino hacia mí y me dio el pésame delante de todos sin cortarse un pelo. Yo le conocía porque había hablado varias veces con él. He procurado siempre fijarme en la persona y no en las ideas. Cada uno tiene las suyas y por eso hay que respetarlas. Conocía también a mi marido porque acudía a ayudarlo cada vez que saltaban las alarmas en el negocio donde trabajaba. “¡Cuánto me acuerdo los 30 de mayo!”, me sigue diciendo.



“Me da mucha pena que los asesinos de mi hermano se vayan de este mundo habiendo hecho una cosa tan mala”

MARINA SALVÁ LEZÁUN

Hermana de Diego Salvá, guardia civil de origen pamplonés que falleció en Palma de Mallorca en julio de 2009.

¿Cómo fueron los días posteriores?

Esa puede que fuese la época más complicada, cuando te das cuenta de que te falta tu hermano, de que ya no está. Que no está y que no va a volver, y que nadie te va a pedir perdón por ello. La culpa es de alguien, pero no se la puedes echar a nadie. Mi hermano se ha muerto y punto. Fueron pasando los días y mi madre lo pasó como pudo. Durante una semana no tuvimos ni que cocinar, porque la gente nos traía comida. Celebramos muchísimos funerales para que toda la gente que no había podido ir a la catedral también pudiera despedirse de Diego. Mis padres son muy religiosos y debieron de pensar: “Vamos a hacer misas hasta que se nos canse el alma”. Cada domingo nos vestíamos de bonito y ofrecíamos la misa por él. En una de ellas convocamos a los amigos de mi hermano y aparecieron unas 400 personas. Los moteros empezaron a quemar rueda en la plaza, en homenaje, y llenaron todo el espacio de humo. Fue increíble.

